

¡YO SÍ QUE SOY POLÍTICO!

POR

Miguel de Unamuno



QUE no soy político? Así me han dicho algunos que lo son de oficio, que viven de serlo, y así piensan sin duda los que intentaron aprisarme y ponerme la hierra de su ganadería, y que para seguir en esa miseria que llaman política, y no lo es, se prestan a no responder de los actos legalmente irresponsables de quien les sostiene en el poder—en un poder impotente y vergonzoso—y a encubrirlos y falsificarlos.

En el número primero del 26 de Enero, de un nuevo diario barcelonés, *La Nación*, se me mentaba, y muy honrosamente por cierto, en un diálogo, y uno de los personajes de éste decía que no soy político, que no he dado vivas a España en la calle, que no llevo pistola en el bolsillo del pantalón y que por eso hay que dudar de mi patriotismo.

En efecto, nunca he dado vivas en la calle, ni a España ni a nada. Los vivas callejeros, lo mismo que los *viscas* y los *goras* me parecen ladridos, y lo mismo me da que se ladre en castellano, en catalán o en vascuencé. Si yo fuera perro no saldría a la calle a ladrar, sino o a pasearme en silencio o a aullar. El aullido es trágico; el ladrido es cómico. Se aulla de dolor; se ladra por hacerse oír y notar tan sólo. Y si tenía que morder, mordería entre silencios o entre aullidos, pero no entre ladridos. Y menos ladridos a coro.

No, no llevo pistola en el bolsillo del pantalón; no la he llevado nunca. No la sé manejar; no la he manejado nunca. No manejo otras armas que mi pluma y mi lengua. Y un cortaplumas para tajar los lápices cuando dibujo. Ni he manejado otra arma que una escopeta de salón, de aire comprimido, no de fuego, para matar ranas—¡con balines!—en una charca de esta provincia de Salamanca, cerca de Viti-gudino.

No, ni doy vivas en la calle, ni uso armas. Ni yo, que creo que la unidad de lengua es lo que hace una a una nación, pienso que se pueda imponer a tiros y por la fuerza esa unidad ni otra alguna. Ni creo que la patria y el ejército sean consustanciales.

Puede haber patria, y llegará aquí a haberla, sin ejército, sin necesidad de ejército, y puede haber ejército sin patria. Los legionarios pretorianos romanos que hacían y deshacían emperadores, fueron los que acabaron de deshacer la patria romana. Se constituyeron en partido político. ¡Y ay de un ejército, y ay de la patria sobre que pese, cuando aquél se constituye en partido político!

Y para constituirse en partido político no

hace falta ir a las elecciones ni al gobierno como tal. Hay partidos políticos, verdaderos partidos, cuyos adherentes se distribuyen entre los demás. ¿No es uno así el partido palatino español, el partido personal de S. M. el Rey, el que confunde el patriotismo con la lealtad, y con la lealtad interesada, de casa y boca?

El cronista semanal del *Nuevo Mundo* se quejaba hace poco de que se le deja solo al Rey, de que no tiene entre quienes escoger sus ministros. ¿Quién le ha dejado solo? ¿Quién le aísla? ¿Son los españoles los que han de ir a buscarle o es él quien ha de ir a buscar a los españoles que deban servir a su patria? A su patria, ¿eh? y no a él. Porque él tiene también que servirla, ya que para eso se le paga, y poniendo personalerías.

Todo el mundo sabe que en tiempos de elecciones generales para diputados y senadores hay un encasillado—y más aún, un desencasillado—palatino, que hay candidatos personales de S. M. y, sobre todo, anticandidatos. Y muchos de estos candidatos no monárquicos, ni aun dinásticos, sino palatinos, personales de S. M. y su corro, suelen ser militares. O gentes de título nobiliario, que no de nobleza. ¿No hubo en Bilbao, frente a Prieto, un candidato así, de Palacio, que por cierto hizo bien triste papel? ¿No ha sido candidato de S. M., su actual embajador, que no de España, en la República Francesa? ¿Y la derrota de Melquiades Álvarez?

Hay quien cree que esta derrota se debió al Príncipe de Ratibor, por lo del mitin aliadófilo de la Plaza de Toros. Pero el Príncipe de Ratibor no necesitó hacer encasillamientos ni deshacerlos. Se los dieron hechos y deshechos en Palacio. El encasillado palatino coincidía con el que hubiese hecho el Príncipe de Ratibor. La vergonzosa neutralidad habsburgiana a todo trance y costa coincidía con el dinastismo personalista del partido palatino español.

Ya se lo habían advertido arriba a Melquiades Álvarez, ya le habían dicho, y cara a cara, que se dejase de situaciones ambiguas y que entrase a formar resueltamente en la izquierda del partido liberal dinástico, que ingresase en el partido palatino.

No, no soy político, en el sentido en que lo es toda esa canalla, toda la alta chusma encanallada, no puedo serlo. Porque ni doy vivas a nada ni a nadie en la calle, ni pierdo el tiempo en saludos inútiles—aunque sirvo a mi patria jamás he servido lo que se dice entre el pueblo servir al Rey, pues no he vestido ni por una hora uniforme militar ni he cogido en la mano



una arma de fuego—, ni llevo pistola, ni sobre todo me presto a callar la verdad, que es la más sutil manera de mentir.

Sí, amigo Antonio de Hoyos, ¿por qué no he de decirlo con la modestia que me caracteriza? ¡Sí! si me hubiera comprometido a no pensar nada, y si lo pensaba callármelo, sería, como usted dice, a estas horas *una gran figura oficial*—esto es, un figurón despreciable—; sería senador, ministro, tal vez presidente del Senado, y... «¿quién sabe? quizás, quizás presidente del Consejo». Así dice usted, amigo Antonio de Hoyos, y así es. Con la condición de callarme la verdad y con la condición de no responder de los actos irresponsables del Monarca y de encubrirlos y falsificarlos más bien. Pero alguien tiene que reservarse para servir a su patria. Que le sirvan a él otros.

Y mi patria no es tanto mi madre como mi hija. Si ella me ha hecho yo quiero rehacerla.

